

WALT DISNEY

La Dama y el Vagabundo



WALT DISNEY

La Dama y el Vagabundo

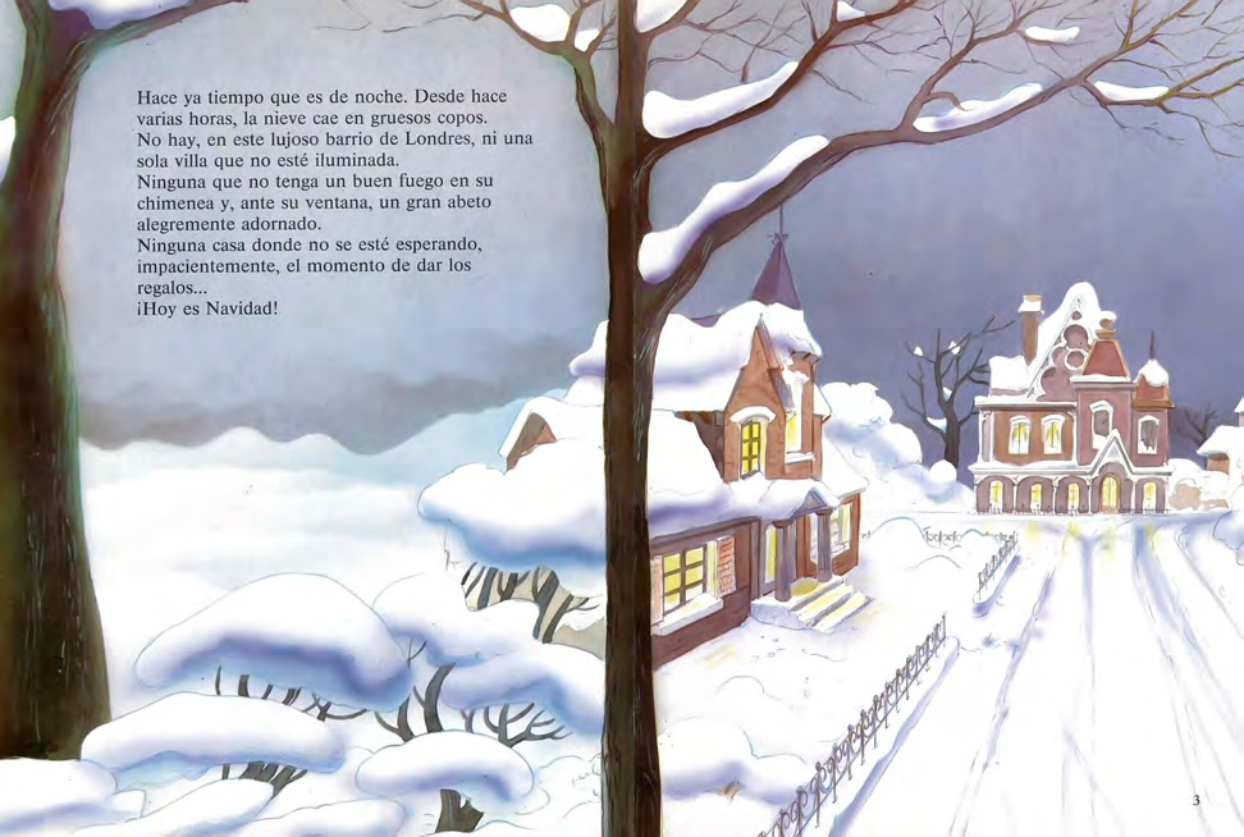
Adaptación: Michel Manière
Traducción: Victoria Esteban-Infantes



Ediciones Gaviota, s.a.

MADRID - ESPAÑA

Hace ya tiempo que es de noche. Desde hace varias horas, la nieve cae en gruesos copos. No hay, en este lujoso barrio de Londres, ni una sola villa que no esté iluminada. Ninguna que no tenga un buen fuego en su chimenea y, ante su ventana, un gran abeto alegremente adornado. Ninguna casa donde no se esté esperando, impacientemente, el momento de dar los regalos... ¡Hoy es Navidad!



Al fin, dan las doce en los
relojes de todos los salones.
Grandes paquetes adornados
cuelgan de las ramas del abeto
en casa de Jaime Querido y de
su joven esposa Linda, al igual
que en casa de sus vecinos.

—¿Qué puede ser esto, Jaime
Querido?

Bajo su bigote, Jaime Querido
sonríe.

—Ábrelo, ya lo verás...

En cuanto tira de la cinta
dorada, Linda siente que
algo se mueve y un bebé
cocker, de hocico rosado, le
salta a los brazos.

—¡Qué precioso es!

—Qué *preciosa* es —rectifica
Jaime—. Es una señorita y se
llama Reina.



Las semanas pasan y Reina se convierte rápidamente en el centro del hogar. Juguetean con ella, la acunan, le hacen miles de caricias. La llevan a la peluquería y, cada mañana, la obligan a bañarse. Por la noche, duerme con sus amos sobre un edredón bordado. A cambio, ella guarda la casa, vigila al pecesito rojo, persigue a los ratones y lleva a su señor el periódico por la mañana y las zapatillas por la noche. Cuando hay visitas, hace gracias delante de la gente, y la gente aplaude.





—¡Mira qué bien te queda!

A los seis meses, Reina es ya una señorita. Para celebrarlo, le han regalado un collar.

Es de cuero, con una placa de oro.

Han grabado su nombre y dirección sobre la placa.

“Jock y Trusty se van a quedar pasmados”, piensa ella al instante, y un escalofrío de placer la estremece desde las orejas a la cola.





Jock, el negruzco, y Trusty, el delgaduchito, son vecinos suyos. Los dos son de buena raza, tienen excelentes maneras y mucha experiencia de la vida. Todo lo necesario para ser unos buenos amigos. Es una pena que Trusty sea tan viejo. ¿Qué habrá sido de su olfato? Él, que tiempo atrás era un brillante policía, hoy ni siquiera consigue distinguir a un inocente de un criminal... Afortunadamente, Reina está allí para hacer más agradables los días de su vejez. —¡Un collar! ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer cuando aún te raspabas los dientes en las zapatillas de tu amo.



“Pero ¿qué clase de faena he podido hacer?” se pregunta Reina apenada, sobre las escaleras. Ella que se creía la perra más querida del mundo, se da cuenta de que, desde hace algún tiempo, sus amos no le hacen caso... ¡Jaime Querido le dio con la puerta en las narices cuando volvía del trabajo, sin ni siquiera mirarla! “¿Qué habré hecho yo? ¿Por qué ahora Linda se pasa todo el tiempo haciendo punto en un sillón, en lugar de llevarme de paseo como antes?... ¿Qué es todo eso que cuentan sobre un ‘feliz acontecimiento’?”



—¡Un “feliz acontecimiento”, Nena, es lo peor que podía ocurrirte!
Pero ¿quién es éste? ¡Qué mala pinta tiene! ¡Qué pretende insinuar! ¡Otra vez uno de esos chuchos que andan por los vertederos! ¡Y, además, viene dando lecciones! ¡Vaya cara!
—Tu dueña va a tener un bebé.



¡Muy típico! ¡No sabes tú bien! Un horrible chillón que te tirará de la cola, se te subirá encima y se comerá tu comida. Créeme. Muñeca, renuncia a tu bonito collar y lárgate cuanto antes. ¡Te lo dice Golfo!
Y al instante desaparece. Golfo tenía razón: pasados unos meses fue un bebé lo que al final llegó.

Llegaron muchas visitas a la casa. Pero todos los regalos, todas las sonrisas, todas las caricias y todos los cumplidos fueron para el recién nacido.

Afortunadamente, Jock y Trusty están con Reina:

—Fíate de nuestra experiencia, querida amiga —le aseguraban—: ahora es el peor momento. ¡Más tarde, todo irá mejor!

“Puede ser”, pensó para sí Reina, pues, al menos en un punto, Golfo se había equivocado: el bebé no tiene el más mínimo aspecto de ser malo, más bien es una monada. Un día, quién sabe, podrán ser amigos...





Tan sólo dos meses más tarde, la casa volvió a ser como antes: Reina recuperó su lugar en el corazón de sus amos, y para ella el bebé era casi como un hermano pequeño...

—¡Qué estupendo cuando sea mayor! —piensa— ¡qué de cosas podremos hacer juntos! Pero un día: ¡Confusión, zafarrancho, Jaime y Linda se van de viaje!

—Adiós, Reina, ¡y se buena! En cuanto se fueron, apareció una sargentona horrible. Se llama Tía Clara y viene a cuidar al niño. Tiene bigote, usa tacones que resuenan, ¡y con un trasero...! ¡Pero además, y esto es lo peor, trae DOS ESPANTOSOS SIAMESES que se las dan de reyes!

"¡Cha - cha - chã!"

Somos dos gatos pachás.

Ni somos bastardos ni nacimos en cloacas.
Nos trajeron de Siam, donde nuestros abuelos aún están.

¡Para recibirnos, perro, échate a temblar!"

Y... zasss... le restregaron el rabo por la cara.





—¡Zarandea un poco a éssste! Se le debe hacer muy largo el día, tan solo y encerrado en una jaula...
—¡Besssstia, que estás haciendo una carrrrnicería!
—¡Eso no! —grita Reina.
Ya ha salvado por un pelo a Glupy, el pececito rojo, y ahora la toman con Fifi, el pajarito.
—¡Parad, parad! —les suplica.
Pero nada les detiene: empieza el terror, la jaula se balancea, Fifi grita como loco...

Y... ¡¡¡CRAAAAAAAAAAAC!!! Lo que tenía que ocurrir..., ocurrió: esos dos malos bichos con bigote acabaron por perder el equilibrio.

—¡Socorro! ¡A nosotros!

Se enganchan las cortinas: ¡¡¡CRAC!!!; el listón se descuelga, la cortina se cae y los dos demonios con ella. Y el golpe lo tenían bien merecido, pero... uno cayó sobre el lomo de Reina (¡¡¡GUAU-U-U-U!!!) y el otro en la cuna del bebé (¡¡¡BUA-A-A-A!!!).





Alertada por el ruido, aparece Tía Clara, poniendo el grito en el cielo.

Comprueba que el niño no se ha hecho daño y, para consolarle, le mete el chupete en la boca sin ningún mimo.

Después, se vuelve hacia sus gatos. Los dos gimotean horrorizados, poniéndole ojos tiernos.

—¡Mis tesoros! —grita ella— ¡mis amorcitos adorados! Pero ¿qué es lo que os han hecho?

Y cuanto más los acaricia, más lloriquean y se lamentan.

—¿Quién ha osado tocaros? A vosotros, ¡los niñitos de mis ojos! ¿Quién?

Con un movimiento idéntico los dos felinos señalan a Reina.

—¡Ya me lo imaginaba yo! —rugió la Tía—. ¡Sucio perro! ¡Bestia horrible!

Y, cogiendo a cada uno de sus monstruos bajo ambos brazos, se los lleva a su habitación.



Tan sólo un cuarto de hora más tarde, vuelve la Tía. Trae en la mano un objeto extraño. Reina no está tranquila. No sabe lo que es, pero, en cuanto oye gritar a esa arpía, adivina que no se trata de un juguete ni de un adorno, ni siquiera de uno de esos grotescos sombreros para perritas cursilonas.
—¡Ahora te vas a estar quieta, pequeña impertinente!



“¡Estarse quieta!” Reina no lo duda: se agita con todas sus fuerzas. La Tía, ayudada por el contrapeso de su enorme trasero, tira hacia atrás. ¡Horror!, ya no tiene remedio: ese espantoso objeto está sobre su nariz, impidiéndole gritar y casi respirar. Afortunadamente, le quedan sus patas... ¡y ella sabe bien cómo usarlas!

Reina corre, corre y corre... sin mirar siquiera hacia delante, sin ver los coches que casi la aplastan, sin oír sus frenazos ni sus pitidos. Ahora, ya está lo suficientemente lejos como para que esa horrible mujer pueda atraparla. Pero no ha hecho más que pararse, y ya una panda de gamberros le ha atado unos botes a la cola. Decide huir, pero el ruido de las latas atrae tras ella a todos los perros del barrio. ¡Qué barrio! De los que te ponen la carne de gallina...
—¡Por mis barbas de Golfo! ¡Vaya follón!



Golfo da media vuelta: dos granujas con los colmillos bien afilados perseguían a una perra; por cierto, muy distinguida... ¡Un paso en falso y estaría perdida! Su generoso corazón no lo duda dos veces. De un brinco salta la tapia, enseña sus dientes y gruñe:

—¡Largo de aquí, sinvergüenzas, si no queréis que os despelleje! ¡No tenéis perdón, los dos contra una criatura indefensa! ¡iiGRRRAU!!!

—¡Es Golfo! ¡Larguémonos!

Y se esfuman con el rabo entre las patas.





—¡Saludos, Muñeca! Me presentaré: ¡Golfo, rey de los bastardos, príncipe de los chuchos, y nunca manco para una pelea! Pero... Golfo levanta la ceja, rascándose la frente con su oreja derecha:
—Pero tengo la impresión... de que ya nos hemos visto en alguna parte...

¡Ay! ¡Si Reina pudiera hablar! Desde luego que se han visto: es él, aquel perro maleducado que olía tan mal y que había predicho todas sus desgracias cuando naciera el bebé. ¡Jamás habría creído que, un día, le salvaría la vida! ¿Cómo agradecerse lo? —¡Por todos los diablos! ¡Ya caigo! —grita de pronto Golfo—. ¡Eres la pequeña Reina! Pero ¿qué haces aquí?, ¿quién te ha hecho eso?



Golfo comprendió que no se enteraría de nada mientras ella tuviera puesto el bozal.

—Hay que hacer algo...

¡Sígueme!

Reina no se hace de rogar. Se siente segura con Golfo a su lado.

Le sigue a través de los suburbios... hasta la verja del zoológico. ¡La entrada está prohibida a los perros! ¿Cómo distraer la atención del guarda? ¡Nada más fácil! Golfo se pega al primer visitante, se restriega en sus pantorrillas, hace como que va con él... y cuando entran juntos:

—¡No sabe leer!

El visitante protesta:

—¡Pero si este perro no es mío!

—¿Y esta cachiporra de quién es?

El tono sube, las cosas se tuercen y, como humanas que son, llegan a las manos:

—Rápido, Muñeca, ¡sitio para los perros!





Nuestros amigos se cuelan por un hueco de la verja.

—Ven, Muñeca.

Reina no comprende nada. Una visita al zoológico puede ser divertida, incluso instructiva..., pero con este trasto en la nariz, ¡es un martirio! “Qué vergüenza”, piensa Reina.

—¡He aquí lo que necesitamos! —dice Golfo—. ¿No es cierto que tiene un buen par de tijeras? Mete bien tu hocico entre los barrotes, Nena, y déjale hacer...

La idea de Golfo era muy ingeniosa. Sólo que el señor cocodrilo tenía más ganas de comerse el hocico del cocker que su bozal. Afortunadamente, Reina retrocedió a tiempo; ¡todavía está temblando!

—¡Esta vez será la definitiva! comenta Golfo al descubrir a un curioso animal construyendo una presa en el arroyo. Reina no está tranquila.

—¡Vamos, Muñeca, no seas recelosa, no se puede soñar nada mejor!: un castor no muerde, sólo roe, ¡es su oficio! ¿No es así, señor Castor?

—¿Perdón? ¿Qué puedo hacer por vosotros, amigos?





El castor es un poco pretencioso, pero amable, y Golfo sabe cómo manejarle.

—Mi Muñeca y yo no queríamos retrasarle en su trabajo; únicamente... si usted pudiera librar a esta jovencita... Si amablemente...

—De acuerdo, joven, de acuerdo. Grrr... Grrr... Croc... ¡CLAC! ¡Dicho y hecho!

—¡Gracias, señor Castor!

—¡De nada, señorita, no hay de qué!

Para celebrarlo, Golfo invita a Reina al restaurante de su amigo Nino: *IL CAMPIONE DELLA PIZZA*, iel campeón de la pizza! Nino toca el acordeón y el camarero la mandolina. —Jamás habíamos visto a Golfo con una *così bella fidanzata*... —¿Qué es eso de una *così bella fidanzata*? —pregunta Reina al oírlo.





Es un poco embarazoso para Golfo, pues él sabe bien que eso significa “una novia tan guapa”, pero no se atreve a confesarlo. Se sonroja de las orejas a la cola... y balbucea:

—Mira, Muñeca,... eso... quiere decir... eso quiere decir... quiere...

Reina no comprende en absoluto el repentino aturdimiento de su amigo. Pero, con mucho tacto, deja de insistir. Encantada de haber recuperado la palabra, habla, habla y habla: del bebé, de los siameses, y de la Tía Clara...



—Ya te lo había dicho... ¡hip! Eso es lo que ocurre...
¡hip!... cuando uno se ata a una familia... ¡hip! ¡hip!
Golfo habla con dificultad; ha bebido demasiado.
Reina también. Su paseo a la luz de la luna acaba
rápidamente: al atravesar, titubeantes, un hermoso
jardín público (¡hip!), el césped es tan suave bajo sus
patas que se tienden allí mismo. Se duermen en
seguida. En su sueño, Golfo ve corazones
atravesados por angelitos con flechas, y Reina...
montones de cunas llenas de cachorritos. ¡A saber
por qué!



Al día siguiente, Reina se despierta sobresaltada.
—¡Dios mío! —dice, viendo el sol en lo alto del cielo.
—¿Qué te sucede, Muñeca? —gruñe Golfo,
estirándose y sacudiéndose—, ¿no has dormido bien,
libre bajo las estrellas?
—¡Oh sí!, ¿pero qué dirán mis dueños?
—¡Ni casetas, ni amos!, éste es mi lema. ¿Es eso lo
que quieres? —pregunta él, señalando a lo lejos los
barrios buenos—: ¿barreras, cercados, vigilantes?
—¡No, no es eso lo que quiero! —Ella abre sus
grandes ojos llenos de lágrimas—. Amo a Linda y a
Jaime Querido también; pero, sobre todo,... ¡al bebé!
¿Qué ocurrirá si yo no estoy?
Ante tanta tristeza..., y viniendo de tan lindos ojos,
Golfo cede. Le ayuda a volver a casa. Pero por el
camino...





—¿Oyes lo que yo oigo, Muñeca?

—¿Qué?

—¡Clo, clo, clo, clo, clo!

—¿Clo, clo, clo?

—Bien, sí, ¿y qué? ¡Aves, gallinas cluecas, ponedoras, si lo prefieres así! Observa. ¡Por mis narices que aquí va a haber acción!

Reina no está muy decidida. Ella hace lo que Golfo quiere, pero algo le dice que esto va a terminar mal... El muy granuja se desliza bajo la alambrada del gallinero sin hacer ruido. Vuelve la cabeza y hace un guiño a Reina. Ahí están todas las gallinas incubando tranquilamente. Entonces, Golfo coge carrerilla... y, dando su grito de guerra, salta sobre el montón: ¡iiiGUAUU!!!



Pero, de pronto, un ruido más fuerte les responde:
¡BANG!

—Larguémonos, Muñeca, nos están disparando.

—¡Ya te dije que esto terminaría mal! —dice Reina,
corriendo bajo los disparos.

—Primero, tú no has dicho nada, Muñeca, y segundo...
¡esto es muy divertido!

Reina no opina lo mismo. Y menos aún cuando Golfo,
más rápido que ella, desaparece tras la esquina de una
calle.

—¡Golfo, espérame!, ¡espérame!



Pero, ¡ay!, encantado con su deporte favorito, Golfo no oye la llamada de Reina. Afortunadamente para ella, los disparos ya han cesado. Pero en el mismo momento en que se para al borde de la acera, un coche tirado por dos caballos se detiene ante ella. Dos forzudos, de uniforme y con mal aspecto, bajan de él al instante.

—¡Ésta es la culpable! —dice uno de ellos—, ¡todavía está resoplando!

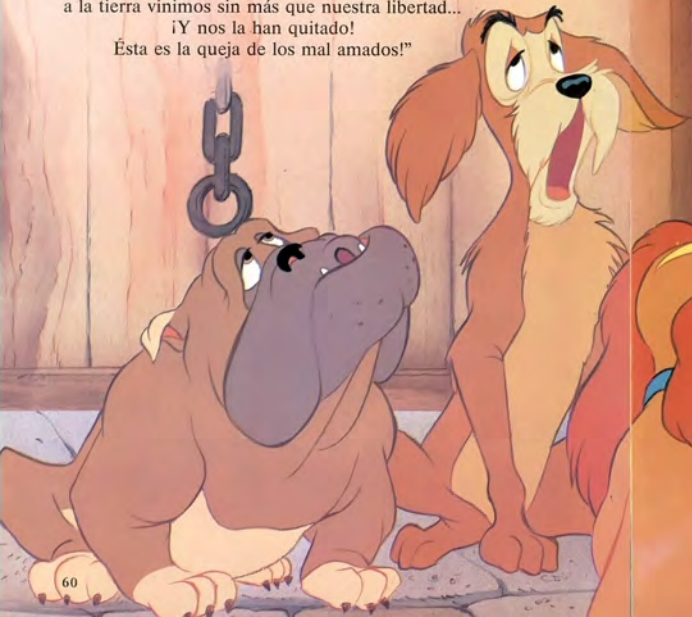
—¡Y tiene las orejas llenas de plumas! —grita el otro—. ¡Vamos a llevárnosla!

Y es así como Reina, con los ojos llenos de lágrimas, se encontró en un cuchitril maloliente, lleno hasta reventar de perros de todas clases.



Éste es el siniestro estribillo que Reina
escucha al llegar a la perrera:

“Tenemos pulgas, olemos mal,
de pedigrí andamos fatal,
quizá un poco ladrones,
pero son grandes nuestros corazones,
a la tierra vinimos sin más que nuestra libertad...
¡Y nos la han quitado!
Ésta es la queja de los mal amados!”

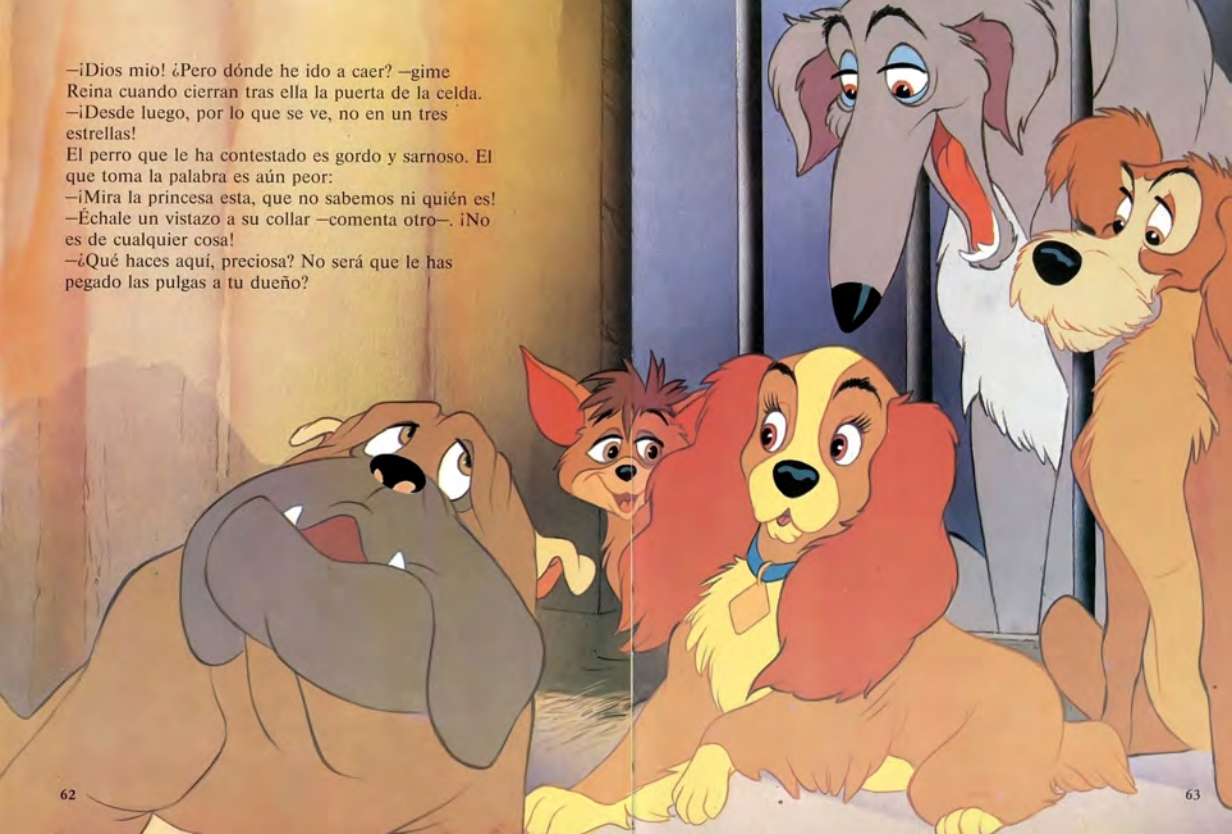


—¡Dios mío! ¿Pero dónde he ido a caer? —gime Reina cuando cierran tras ella la puerta de la celda.
—¡Desde luego, por lo que se ve, no en un tres estrellas!

El perro que le ha contestado es gordo y sarnoso. El que toma la palabra es aún peor:

—¡Mira la princesa esta, que no sabemos ni quién es!
—Échale un vistazo a su collar —comenta otro—. ¡No es de cualquier cosa!

—¿Qué haces aquí, preciosa? No será que le has pegado las pulgas a tu dueño?





—¡Qué vulgares podéis llegar a ser, tíos! ¿No veis que la pobre está aturullada? “Comprensión y distinción en toda ocasión, ésta es mi opinión”.

Reina no cree que esta chica sea más distinguida que los demás. ¡Pero, al menos, está de su parte!

—Yo soy Peg, ¿y tú?

—Yo... soy Reina.

—Pues bien, Reina, no te preocupes. ¡Cuando se huele bien como hueles tú, no se cría moho en una prisión! —y vuelve a cantar al tiempo que baila—

“Los años que joven fui, a duquesas conocí, pero también lo sueles pasar fenomenal en un bar, puedes llamarte Peg y ser buena en el beber”



Peg estaba en lo cierto. Menos de dos horas después, un empleado de la perrera vino a buscar a Reina para conducirla a su casa. Sus compañeros de angustias le dijeron adiós a su modo:

“¡Suerte, princesa, buen provecho!
Para nosotros, perros sin techo,
prisión para reyes, prisión de deshechos.
¡Todo es siempre igual!
¡Cadenas y un destino fatal!”



Hablando de cadenas, precisamente una, maciza y muy corta, era lo que a Reina le esperaba en su caseta del jardín. Hay que decir que Tía Clara mandaba sobre todo lo de la casa. ¡Y nada de volver a ver al bebé! ¡Qué tristeza! ¿Cuándo volverán Jaime y Linda?... Si es que algún día regresan... Desde luego, Jock y Trusty corrieron en seguida a presentarle sus saludos... ¡Qué vergüenza pasó ella!



—¡Saludos, Muñeca! Bueno, ¿qué hay de nuevo en el Roquet's Club?

—¡Golfo! —Reina intentó saltar fuera de su caseta. Pero, ¡ay!, había olvidado que estaba atada..., y atada ¡a causa de QUIÉN?

Inmediatamente, le salió de lo más hondo todo su rencor:

—¡Ah! ¡Mira quién está aquí! —grita ella mirando con ojos furiosos a los de él—. ¡Menuda cara! ¡Venir a tontear conmigo después de lo que ha pasado!

—Pero vamos a ver, Muñeca...

—¡Y haz el favor de no volver a llamarme "Muñeca"!

—Pero tú..., usted..., pero yo... Yo no te dejé, creía que me seguías...

—¡Mentiras y más mentiras! ¡No quiero volver a verte!

¡Largo de aquí!





“¡NUNCA MÁS! ¿Quién se ha creído éste que es?”
Golfo piensa que es más prudente largarse. Pero su corazón está triste.

“¿Cómo podría probar que no ha mentado?”, se pregunta, mientras se aleja con las orejas gachas. “Sobre todo, ¿cómo demostrarle que la quiero? Después de todo, yo sólo soy un vagabundo; si no huelo bien, o no tengo educación, desde luego tengo otras cualidades, ¡NUNCA MÁS!”



La rata tiene paciencia, pero ésta tiene sus límites. Después de haber pasado toda una tarde escondida bajo un matorral, esperando el anochecer, ruega al Diablo para que Reina se digne al fin a cerrar los ojos... Y bien, lo creáis o no, resulta que hace más de dos horas que ruega, ¡y esa ridícula cocker sigue despierta!

No sabe, desde luego, que la pobre tiene tantas preocupaciones que no puede dormir. Pase lo que pase, se decide. ¡Hace ya tiempo que ese olor a bebé le cosquillea en las narices! Es absolutamente necesario que lo vea más de cerca. Una oreja, una mejilla, un tierno bebé rosa y rollizo, ¡debe ser algo tan bueno!





Sniff... sniff... La rata se ha deslizado sigilosamente hasta un grueso árbol y, visto y no visto, ha trepado por él. Sniff... sniff... Decididamente, iesto no huele nada mal! Y ¡hop! El alero no está muy alto y salta por encima... Sólo Reina la ha oído. ¡Una rata! Inmediatamente sale de su caseta como una flecha...





—¡¡GUAUUUUUUU!!!

¡Una vez más, ha vuelto a olvidar que estaba atada! Estrangulada casi, grita sin cesar:

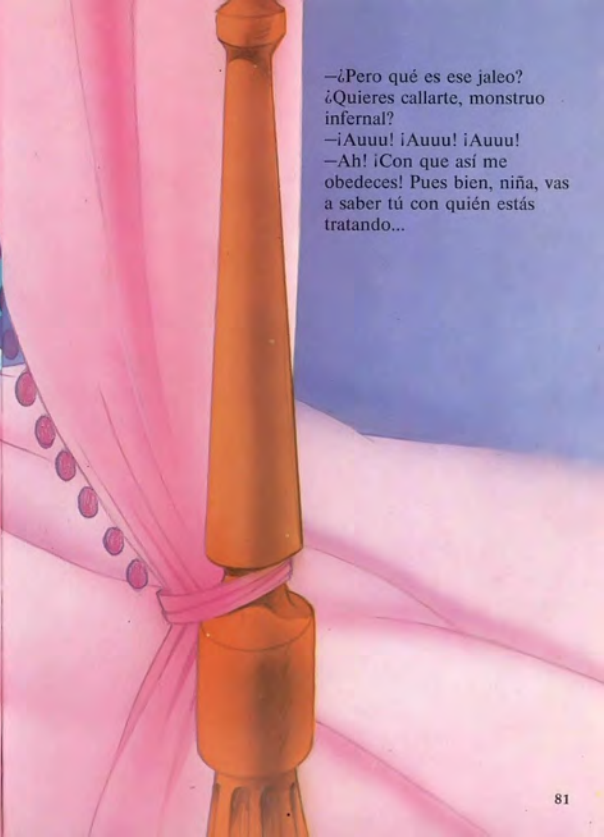
—¡Soc... corro!, ¡el be... bé!, ¡la ven... tana...!

¡Soc... corro! ¡Soc... corro...!

—¡Calma, Muñeca, ya estoy aquí!...



—¡Señor! ¿Qué pasa ahora?
Tía Clara se ha despertado sobresaltada. Menos mal que antes de acostarse, había puesto su dentadura en la mesilla..., si no, ¡se la habría tragado!



—¿Pero qué es ese jaleo?
¿Quieres callarte, monstruo infernal?
—¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuu!
—Ah! ¡Con que así me obedeces! Pues bien, niña, vas a saber tú con quién estás tratando...

“¡Así que ha sido bueno que me quedara por estos lugares!”, piensa Golfo al subir la escalera. “El amor tiene algo de bueno... Vamos a ver... Mi Muñeca me ha dicho: una vez en el descansillo, la primera puerta a la izquierda... Así que es ésta.” De un brinco salta los tres últimos escalones. Encuentra el picaporte, apunta bien y ¡salta encima! La puerta se abre al primer golpe...





Justo a tiempo: esa bestia inmundada estaba colgada sobre la cómoda, precisamente encima de la cuna del bebé... En cuanto oye a Golfo, huye. Golfo la persigue... Pero tiene que pararse de golpe, pues se da de narices contra el armario: la rata se ha escondido debajo. Golfo no puede sacarla de allí, por mucho que gruñe, eche pestes o arañe. ¿Qué podría hacer? Se fija en una pelota de espuma que hay en el suelo. ¡Salvado! De una patada, la lanza por debajo del armario. —¡Uiiiiii! —la rata grita y escapa a toda prisa. —¡Al fin nos vemos las caras, mi querida amiga!



Entre tanto, Reina, loca de nerviosismo, se las ha arreglado para romper la cadena. En seguida corre a ayudar... ¡y se organiza un buen escándalo! Reina vuelca la cuna, intentando salvar de los dientes de la rata al pequeño inocente que sigue durmiendo. —¡iiUii-ii-ii!!!
Pero ya está; Golfo ha vencido a ese sucio animal. ¡Todo se va a arreglar!

Sigue una lucha sin tregua. La rata ya no sabe dónde meterse. Dondequiera que vaya, Golfo la sigue: sobre el armario, bajo la alfombra, en un jarrón. Por todas partes... incluso por la ventana: Golfo no quiere que se escape, ilo que quiere es matarla!
—¡Ya te daré yo!

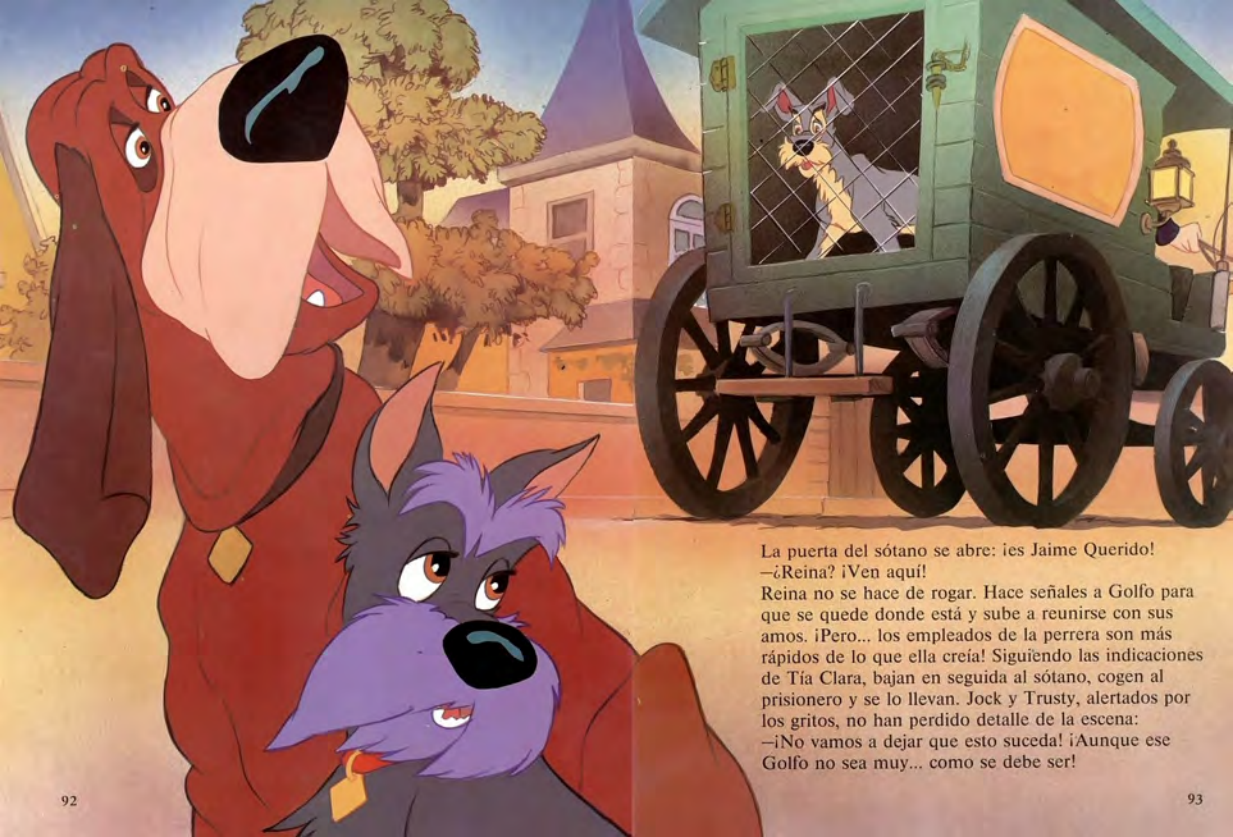


Y, evidentemente, es justo en ese momento cuando aparece Tía Clara, agitando una escoba. ¡Está tan fea sin su dentadura que asustaría a un regimiento! Con la rabia, no ha visto el cuerpo de la rata (está oculto bajo un sillón) y se niega a escuchar lo que le gritan los perros. Ella grita más fuerte que ellos: —¡Al sótano, asesinos! Allí, al menos, no os escaparéis. Y además, voy a telefonar inmediatamente a la perrera, y esta vez...



Desde el fondo del sótano, nuestros dos amigos no tardan en reconocer el ruido del horrible carromato... Pero, en ese mismo momento, otro ruido, mucho más agradable, llega a los oídos de Reina.
—¡Es la voz de Linda!, —grita ella, feliz y contenta— ¡Y la de Jaime Querido! ¡Han vuelto! ¡Estamos salvados, Golfo! ¡iiiSalvados!!!





La puerta del sótano se abre: ¡es Jaime Querido!
—¿Reina? ¡Ven aquí!

Reina no se hace de rogar. Hace señas a Golfo para que se quede donde está y sube a reunirse con sus amos. ¡Pero... los empleados de la perrera son más rápidos de lo que ella creía! Siguiendo las indicaciones de Tía Clara, bajan en seguida al sótano, cogen al prisionero y se lo llevan. Jock y Trusty, alertados por los gritos, no han perdido detalle de la escena: —¡No vamos a dejar que esto suceda! ¡Aunque ese Golfo no sea muy... como se debe ser!



—Vamos a ver, Reina, ¿qué tienes que decir en tu defensa? Un sillón reventado, las cortinas rotas, el espejo hecho añicos...

—¡Menos mal que al niño no le ha ocurrido nada! —suspira Linda, apretando tiernamente al bebé contra su cuerpo. Reina sabe que no hay nada que decir; ¿de qué serviría? Se necesitarían pruebas. Y para eso tendría que mostrar, ante todo, los restos del culpable.



Reina levanta la cortina y empuja el sillón. La rata (a lo que queda de ella) aparece justo en el momento en que Tía Clara entra en la habitación. Por poco no se desmaya todo lo larga que es.

—¿Y Golfo? —grita Reina bruscamente.

—¡Ese sucio bastardo! ¡Está en la perrera! —se pavonea la Tía—. ¡Me han prometido que le matarían en cuanto llegasen!

—¡Pero si es inocente!

—Es verdad —contestan a coro Linda y Jaime Querido—; no sólo es inocente... sino que, además ¡es él quien ha salvado a nuestro chiquitín! ¡Hay que alcanzarles! ¡Rápido!

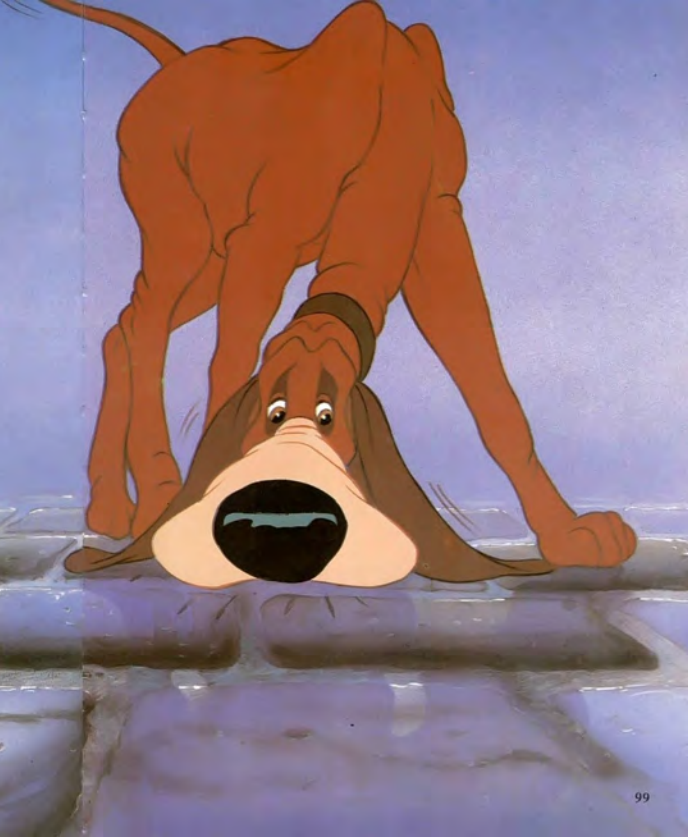
Hasta entonces, Jock y Trusty han estado siguiendo al furgón por entre el barro de las callejuelas. Pero, ¡ay!, cuando llegan al pavimento mojado:

—¡Ni señal de las huellas, mi viejo Trusty!

—¿Y mi olfato de rastreador? ¿Tú qué te has creído?

—¡Sabes muy bien que lo perdiste el año de Maricastaña!

—¿Perdido, mi olfato? ¿Perdido? Siento como un cierto olor a estiércol en esta dirección... ¡Vamos allá!



En el fondo del coche de Jaime Querido Reina está muy nerviosa. "Van a matarle, ¡a matarle!". Las terribles palabras de la Tía resuenan en su cabeza. "¡Y este ridículo coche, sin pasar de treinta por hora!" "Dios mío, haz que lleguemos a tiempo, haz que no le maten, ¡te lo suplico! Ya sé: no es guapo, tiene pulgas, huele fatal, no es lo que se dice... ¡muy honrado! ¿Pero es eso culpa mía? ¡YO LE QUIERO! ¡LE QUIERO! ¡LE QUIERO!"





¡Milagro! ¡Trusty tenía razón cuando olfateó el estiércol! ¡Era el de los caballos de la perrera! En cuanto divisaron el furgón, los dos compadres recuperaron las fuerzas que habían perdido. Bajaron la nariz, levantaron la portezuela trasera y aceleraron... Golfo los reconoció en seguida a través de las rejas:

—¡Dejadlo ya, chicos, no lo conseguiréis!

—¡Eso ya lo veremos! —le discute Trusty...

Y ya no puede decir más: asustados al descubrir a los dos perros que les siguen, los pencos caen de golpe. Se organiza la catástrofe...



La carrocería se desencaja, el furgón se inclina, los paseantes gritan, el carro se inclina más aún... ¡y se desploma de costado! En ese mismo instante, llega por detrás el coche de Jaime Querido. Jaime da un frenazo justo a tiempo, y Reina, sin esperar que vengan a abrir, salta por la ventanilla!

—¡Golfo! ¡Golfo! ¿dónde estás? ¡No estás muerto!... ¡Ay, mi Golfo querido!

—¡Saludos, Muñeca! ¿Cómo te va? En lo que a mí concierne, ¡estoy en plena forma!



—Dime, Golfo, la otra tarde, en casa de tus amigos los campeones de la pizza...

Golfo mira a su amada intrigado.

—Sí —vuelve a decir ella—... acuérdate, la cena con las velas... Una... una... una bella no-sé-qué-cosa... ¿qué significaba aquello exactamente?

—¡Ah! Sí, ya veo —dice Golfo, aguantándose la risa—, *¿una cosí bella fidanzata?* Pues bien,... ejem... eso quería decir... quería decir: UNA NOVIA TAN GUAPA, ¡claro!





Los nuevos novios han ido a visitar a sus amigos Jock y Trusty. No han salido mal parados: Trusty, con una pierna rota, y Jock, con uno o dos pelos menos en el bigote, se ha puesto un abrigo para evitar los catarros.

—¡El mundo no sería el mundo sin vosotros! —suspira Golfo, y Reina añade:
—¡Jamás olvidaremos vuestro valor!
—Pero, querida Reina, era completamente natural... ¡una bagatela, verdaderamente, una bagatela!
Golfo se queda pensativo. “Estos perros de los barrios buenos”, se dice, “son a veces ridículos con tanto tiquis-miquis, pero a pesar de todo... en eso hay, cómo diría yo, ¡una cierta clase!”



¡FELIZ NAVIDAD PARA TODOS!

Desde luego, gente no es lo que falta... ¡Bien por Reina! Sólo ha necesitado poco menos de cuatro años, un buen collar para su Golfo y mucho amor, para traer al mundo a itoda una familia! Y ahora, cada uno a su sitio: ¡la foto de fin de año! ¡Que nadie se mueva... o saldrá mal!





© 1987 The Walt Disney Company
Ediciones Gaviota, S. A.
Reservados todos los derechos.
ISBN: 84-392-8433-0
Depósito legal: LE.1001-1988

Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. A. - León

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Obras clásicas Disney

ISBN 84-392-8433-0



Merlin el Encantador
Pinocho
Peter Pan
Alicia en el País de las Maravillas
El Libro de la Selva
Donald y sus amigos
Basil, el ratón superdetective
Tarón y el caldero mágico
La Cenicienta
Dumbo
La Bella durmiente del bosque
Bambi
Blancanieves y los siete enanitos
Los Aristogatos
101 Dálmatas
La Dama y el Vagabundo
La Navidad de Mickey
Robin Hood
El osito Winnie
Tod y Toby
Los Rescatadores



Ediciones Gaviota, s.a.